

Smaug

Raúl Verdejo Chávez *Ancalagon*

El gran Dragón caía, cual tea viviente arrojada desde Anar, el Sol llameante creado en la Edad Olvidada. La flecha, negra como el carbón, le robaba la vida lentamente: una vida de años, siglos, milenios tal vez... ya no lo recordaba: su lucidez se escapaba junto a ella mientras caía, caía, caía...

"- Smaug, debes irte - recordó la voz conocida y tantas veces maldecida-. Ya has alcanzado la mayoría de edad permitida entre los de nuestra raza. Ahora tendrás que partir, buscar tu propio cubil, enfrentarte a tu destino de Dragón. El Brezal, nuestro hogar, ya no tiene recursos para acoger a más crias adultas. La comida empieza a escasear por los alrededores, y los que quedamos somos ya viejos para buscar otro hogar o para procrear. Una vez el último de nuestra especie se haya extinguido, el Brezal será tan sólo un lugar desértico, objeto de leyendas para esos irracionales Enanos. Tal vez todavía sobreviva alguno de nuestros parientes lejanos, migrados a otras zonas después de la Gran Batalla. Recorre toda Arda si es necesario, pero no dejes que nuestra gloriosa especie, fuente de temores para los habitantes de Éa, se pierda en los mares del olvido, quedando tan solo como leyenda en boca de niños y ancianos..."

Siguió cayendo, recordando en tan sólo unos instantes los momentos más importantes de su larguísima vida, buenos y malos, antiguos y recientes, grandes y pequeños...

"El Dragón volaba, sin ningún destino aparente ni meta decidida. Bajo sus tremendas alas, se extendía todo un mundo, nuevo y extraño para él, apasionante y peligroso, apetecible y vomitivo... Extrañas criaturas vivían allí abajo: altas y esbeltas unas, con una vida interminable a sus espaldas; más bajas y menos gráciles otras, con vida corta pero con un destino insospechable para él... Pero de todas las que vio, sólo una especie le llamó tremendamente la atención: unas criaturas bajas, tremendamente fornidas, con barbas largas y músculos de piedra. Los reconoció en cuanto los vio: eran Enanos. Cuántas veces había oído descripciones suyas en su antiguo cubil, cuantas veces había oído maldecir a sus compañeros a esta raza de Mata-Dragones... Enanos, sin duda; asquerosos Enanos poblando una gran montaña de seis puntas, desvelando los secretos de su interior, profanando los misterios de sus abismos vírgenes... Guardó esta imagen en un apartado rincón de su memoria..."

"La gran figura roja y alada sobrevolaba ahora una montaña, muy al este de su antiguo hogar. Ea ellas había multitud de grietas perfectas para construir un buen cubil, y el ganado abundaba por aquella zona. Buscó una grieta especialmente grande y acogedora, y allí se instaló. Al sur, divisó un pequeño poblado de criaturas de piel morena. Ya habría tiempo para conquistarlo. Ahora tenía que acomodarse su nuevo hogar..."

"Aquel día amaneció con una gran tormenta. La oportunidad perfecta para atacar aquella población que vio a su llegada. Inició el vuelo, escondiendo su tremebundo cuerpo entre las grises nubes. Todavía no estaba en la plenitud de sus poderes, por eso utilizaba el negro

cielo como aliado: tal vez esos bárbaros pudieran hacerle frente si no los atacaba por sorpresa. Emergió como un relámpago rojo por las nubes tempestuosas. Recuerda la cara de las mujeres y los niños antes de consumirse en el fuego que surgía de su garganta, y la de los hombres, creyéndose lo suficientemente poderosos como para enfrentarse a él, entendiendo demasiado tarde que toda resistencia era inútil, e incinerándose después en su frenética huida por las calles del poblado. Vuelve a elevarse, no sin soltar antes una gran llamarada que rodea toda la aldea, y se queda suspendido en las alturas, observando cómo se consume en llamas el poblado, deleitándose con la agónica muerte de sus habitantes... Desciende unos minutos más tarde. Todo el pueblo es cenizas y brasas. En unas ruinas, ve un brillo tembloroso, que le llama la atención sin saber por qué. Llega y descubre lo que es; lo recuerda: estaba en Brezal. Oro; Sí, oro, aquél que con tanta celosía guardaban los mayores en su antiguo hogar. Lo acaricia, se desliza por encima de él. Le gusta, y decide llevárselo a su cubil Su primer tesoro..."

El suelo está cada vez más cerca. Sabe que cuando su cuero se estrelle contra él, todo habrá acabado. Sigue recordando, cayendo y recordando...

"Ese día volvía de cazar. Las presas eran muchas y buenas, y estaba deseando llegar a su cubil para devorarlas tumbado sobre sus riquezas. De pronto ve una gran polvareda que se eleva por encima de las montañas donde está situada su guarida; siente inquietud y acelera el vuelo. Cuando llegó, las nubes de polvo todavía velaban la visión, por lo que batió fuertemente sus grandes alas para dispersarlas. Lo que vio le sobrecogió: las formaciones rocosas se habían hundido, dejando tan sólo un recuerdo escabroso de aquellas colinas. De unos agujeros en el suelo cercano a las antiguas montañas, empezaron a salir pequeñas figuras, sacudiéndose el polvo de los cuerpos... y barbas. Enanos... Ruinas Enanos... Dejo caer las presas y rugió, rugió como nunca antes lo había hecho y nunca más repetiría. Esa maloliente raza había destruido su primer y propio hogar, y había enterrado todo su tesoro, recaudado a lo largo de años y años... Los Enanos, sobrecogido por este rugido abismal, volvieron sus cabezas hacia el cielo, y estallaron, despavoridos, en una inútil carrera; nada podía parar la rabia draconiana de Smaug: descendió rápidamente, y en vuelo raso, arrojó su vómito de fuego sobre aquellos repugnantes Enanos que habían osado destruir su guarida. En unos pocos segundos, todos estaban muertos. Smaug juró vengarse de ellos, y no descansaría hasta conseguirlo. Tras unos instantes, volvió su mirada al sur, presintiendo algo, y emprendió su veloz vuelo en busca, tal vez, de un nuevo hogar: en esta reyerta había descubierto que había alcanzado la plenitud de sus poderes..."

"Esos ojos tan bellos... Su nombre era Aglarn, esa hermosa hembra negra, alojada, solitaria, en unas colinas del sudeste... Le costó conquistarla, sí, pero bien se sabe que los Dragones son inmensamente pacientes. Finalmente, una mirada fija, durante unos instantes interminables, y, después, solo el recuerdo de esos ojos, grabados a fuego. -Aglarn, Aglarn..."

Esa flecha negra, negra como;.. Aglarn... Dos cosas negras le atravesaron el corazón, sí: dos cosas bien diferentes, pero una más mortal que otra... Unos instantes más y llegará el final. Sólo queda el caer, caer...

"Cierta día, mientras volaba sin rumbo, notó un fuerte poder: algo intentaba abrirse paso en su mente... Intentó resistirse, pero todo era inútil, en demasiado poderoso. Una voz extraña...

-¡Escúchame, oh Gran Lagarto Alado! La guerra se acerca, y necesito que tú, heredero de los poderes de tu estirpe, creada por mi antecesor, me ayudes en esta gran batalla... ¿Acude a mí, Smaug el Dorado, escucha mi llamada divina, reúnete con mis ejércitos y arroja tu flamígero aliento contra mis enemigos!

Smaug pensó por unos momentos: no tenía por qué obedecer a Ése; tal vez si la llamada la hubiera efectuado Aquél que fue el Primero, del que se escuchaban leyendas en el Brezal, habría acudido, pero no había motivos para doblegarse ante Éste. Bien sabía que desde su Torre Oscura, lejos en el noroeste, no podía hacerle ningún mal. No obedeció, pues, pero esa voz quedó grabada en su mente para siempre. Más tarde supo que Sauron Gorthaur había perdido la llamada Guerra por los Anillos del Poder o Última Alianza. Mas no le afectó en demasía..."

"Tras años vagando sin rumbo, decidió que ya era hora de encontrar un nuevo hogar: formar un cubil y acaudalar nuevas riquezas... Oro... Casi lo había olvidado. Subió al pico de una gran montaña y pensó, pensó y recordó durante horas, días, meses... buscando en su memoria cada cosa memorizada durante todos estos años. Enanos... Asquerosos Enanos... Una montaña de seis puntas... Enanos... Rabia... Emitió una risa gutural, sólo audible por él mismo y por los de su especie... Ya había decidido dónde alojarse"

"Recuerda ese día como si fuera ayer: el Sol era brillante, no había ni una sola nube, la brisa soplaba suavemente... No cogió desprevenidos a esos asquerosos Enanos, ya que desde su inexpugnable fortaleza habían advertido su llegada, y la alarma del Valle les había alertado. Se posó unos instantes en la cima de la montaña, todo él envuelto en llamas, y después descendió hasta la Puerta Principal, de donde emergían Enanos sin parar. Los mató a medida que iban saliendo, incinerándolos. Cuando ya todos habían muerto, atravesó la Puerta, derribándola casi completamente a su paso. El río ebulló a su paso, creando unas nubes de vapor que lo resguardaban en un mortífero descenso por cada uno de los salones del gran complejo Enano. A su paso, los Enanos iban cayendo muertos, inflamados en llamas. Algunos intentaban ofrecer resistencia, pero nada podían hacer contra Smaug, eufórico por su nueva conquista y esta matanza de viles Enanos... Siguió descendiendo, arrastrando las riquezas que encontraba a medida que bajaba, hasta llegar a una gran sala, la última del complejo, la más grande... Oro... Toda ella era brillante, y el suelo estaba plagado de interminables riquezas que emitían destellos de colores al reflejarse en ellas sus llamas... Las observó unos instantes, maravillado, y, acto seguido, se extendió sobre ellas, deleitándose a todos esos asquerosos enanos que habitan la montaña... No todos, al parecer... ¡No!"

"Tras apoderarse de la montaña, voló un par de veces hasta Valle, para devorar a sus habitantes, hasta que, huyendo unos, muriendo otros, la población prácticamente desapareció. Decidió que la ciudad ya no le resultaba útil, y arrojando un par de llamaradas sobre su perímetro, no sin apoderarse antes de las riquezas que allí quedaban, volvió a su cubil, de donde no volvió salir en mucho tiempo..."

Se retorció en su interminable descenso... Si, al parecer, alguno de esos ruines Enanos se había salvado... No descubrió cómo hasta hace poco, muy poco... Ese paso secreto... El Jinete del Barril... Sigue cayendo, irremediabilmente...

"Estuvo tumbado sobre su tesoro durante innumerables años. Las gemas, las monedas... muchas cosas quedaron adheridas a su gran vientre, proporcionándole una infranqueable armadura que recubría todo su pecho, su parte más vulnerable... No todo... Esa obertura... Esa fisura en su coraza... Ese espacio que las riquezas no habían podido recubrir, justo en la zona en la que está alojado el corazón... Maldita sea..."

"Después de dormir, ininterrumpidamente, durante años, algo lo despertó. Un pequeño ladrón le robó una pequeña copa; pequeña, si, pero él tenía memorizadas cada una de las riquezas que poseía, grandes y pequeñas, buenas y no tan buenas, valiosas unas, simples bagatelas otras... Conocía cada una de ellas. Tras descubrir el hurto, enfureció, y ascendió de nuevo desde hacía siglos por los salones Enanos. Una vez en el exterior de la montaña, se posó en la cima, y oteó sus inmediaciones. Nada vio, excepto unas monturas que huían, espantadas por su aparición. Las persiguió, y, sin mucho esfuerzo, les dio caza. Las devoró después, mas notó un extraño sabor en los poneys... Enanos... Si, Enanos tal vez, posiblemente aliados con los hombres de Esgaroth... Enfureció todavía mas, y tras echar un par de miradas más por las laderas de la montaña, volvió a su guarida, recuperar fuerzas y esperar, medio dormido como sólo los Dragones saben hacer, a que el ladrón volviese a aparecer..."

"Cuando reapareció, no lo vio, más los sintió y olió: algo lo mantenía invisible, pero su olfato e instinto lo detectaron. Su olor era extraño. Unos acertijos, demasiado fáciles para su infinita sabiduría, pero tenía que seguir el juego para así descubrir de dónde venía el intruso y que pretendía. Finalmente, lo detectó: a punto estuvo de atraparlo, pero ese maldito Jinete del Barril se escabulló por aquella pequeña obertura en la pared, que a su vez comunicaba con un túnel que ascendía hasta llegar a la falda accidental de la montaña. Ya lo tenía, nada podría escapar de su rabia..."

"Subió, sin saber que sería la última vez, por las salas del complejo Enano, para salir por la Puerta Principal, que no volvería a traspasar, y se dirigió al oeste de su montaña. No descubrió a nadie, aún habiendo descendido con inmenso sigilo. Enfureció, y descargó su rabia contra esa ladera occidental, donde sospechaba que nacía la entrada de ese pequeño túnel. Todo quedó sepultado por toneladas de roca. Ya nadie entraría por ese maldito túnel. Tras desahogarse de esta manera, pensó que el Jinete del Barril había tenido que venir por el río, partiendo desde Esgaroth. Rió, con una risa que sólo los Dragones saben emitir, y partió río abajo envuelto en llamas, para destruir esa frágil ciudad de madera que se sostenía sobre el Lago Largo..."

"Llegó como una bola de fuego, bajando por la corriente, pero al parecer los hombres del lago no estaban desprevenidos: habían advertido su llegada por el río, y lo esperaban. El puente había sido destruido, y esto enfureció a Smaug, que arrojó llamas sobre la ciudad. Pero los hombres de Esgaroth habían empapado todo lo que podía arder, y a la mínima llama que nacía, arrojaban sobre ella agua y más agua. Los arqueros lo flechaban, más los

dardos se quebraban al chocar con su armadura de escamas y joyas. Los habitantes, desesperados, se arrojaban al agua o huían en botes. Por fin consiguió que algunos tejados ardieran, y con ellos gran parte de la ciudad. Los arqueros que habían osado enfrentársele huían, perseguidos por las llamas. Todos menos uno..."

"Sobrevoló una vez más al arquero. La luna ya asomaba en el cielo y se reflejaba en su figura. Su cuerpo entero parecía de plata. Esta vez se arriesgó a volar más bajo, para acabar con ese hombre que seguía erguido, impertérrito, rodeado por las llamas, y con su arco tensado, fuertemente, con una flecha negra. Disparó, mas Smaug no se inmutó: la flecha se estrellaría contra su coraza, por muy fuerte que fuera el tiro. El dardo se aproximó a su vientre, a su pecho izquierdo, y se incrustó en su cuerpo, en su corazón, penetrando por la maldita fisura. Gimió, casi como aquella vez en que los Enanos habían derruido su primer y propio hogar, y se precipitó abajo, maldiciendo ese espacio que al parecer, las riquezas de Erebor no habían podido recubrir..."

El suelo ya estaba muy cerca, y en unos momentos todo acabaría, su vida se extinguiría como una llama al viento. Se preguntó qué habría sido de Aglarn, su negro amor... Tal vez ella sí había acudido a la llamada de Sauron Gorthaur, pero no lo creía: entonces Sauron habría ganado la guerra... El fin estaba próximo, y cuando llegara, posiblemente el último de su gloriosa estirpe se extinguiría para siempre... Caía, caía... y en su último aliento no dudó en maldecir a los malditos Enanos, sus eternos enemigos, pero maldijo aún mas ese arquero que le había robado la vida con una flecha negra:

- Tú, Bardo el Arquero, asesino de Dragones, descendiente directo de Girion, antaño Señor del Valle, a quien yo devoré: Yo, Smaug el Dorado, te maldigo para siempre, y generación tras generación tus descendientes seguirán malditos hasta el fin de Arda; has de saber que la maldición de un Dragón es la más poderosa que existe... Y sobre ti pesa la mía, Bardo el Arquero, la maldición de Smaug el Dorado...

La gran mole en llamas se estrelló contra el suelo. Su esqueleto se quebró al chocar con la superficie de Esgaroth. Atravesó el suelo de madera, penetrando en el lago. Largas nubes de vapor se elevaron hacia el cielo. Smaug se hundió en el agua, ya había muerto, con un único color en su último pensamiento: el negro...

Muy lejos de allí, al sudeste, en ese mismo instante, en unas solitarias montañas, se escuchaban unos débiles crujidos. En una pequeña grieta de esos montes se aloja un gran huevo abrigado tan sólo por el Sol que brilla cada mañana. En estos momentos se esta resquebrajando. Junto a él, un gran esqueleto alado, de color negro... Del huevo surge una pequeña figura alada, de tonos granates, que vuelve su pequeña mirada primero al esqueleto de su madre, extiende las minúsculas alas, y, después, otea el horizonte noroccidental...